

# «EL HOMBRE-LOBO»

que todo comportamiento humano es un proceso dialéctico entre las dicotomías de Pecado-Iglesia (o Voluntad de Dios, en Calvino), Desorden-Estado e Instinto-Cultura, respectivamente.

Las similitudes funcionales de las tres doctrinas se expresan incluso a nivel lingüístico, pues, en muchos casos, los términos de «pecado», «desorden» e «instinto» son utilizados por ciertos moralistas indistintamente, pasando a designar, de forma global, todo lo que de una forma u otra tiene carácter disgregador y peligroso socialmente. Con todo, y a pesar de los esfuerzos culturales tendentes a mantener esta carga energética negativa (innata según dichas teorías) en estado latente, a menudo el intento fracasa, por lo que toda sociedad dispone de los medios y métodos que le permiten regular y encauzar estos centros tendenciales, espiritualizando o suprimiendo sus contenidos brutos.

¿Cuáles son los métodos de control social más utilizados? Los internos y los externos. Entendemos por métodos internos el conjunto de normas morales y éticas interiorizadas por el individuo durante los procesos de socialización y cuya transgresión origina fuertes sentimientos de culpabilidad y un aislamiento angustioso interior sentido por el sujeto en cuestión. Según la Religión, la facultad llamada «conciencia» cumple esta misión de autorregulación y autocontrol. En la teoría psicoanalítica se denomina «Super-yo» a este mecanismo psicológico.

Los métodos externos de control social son, lógicamente, el conjunto legislativo de un país y, más concretamente, su Código Penal, y tienen su mayor desarrollo en la esfera política.

Todas las sociedades conocen los dos medios de control social apuntados. Sin embargo, el énfasis en el valor del autocontrol o del control exterior está en función de los postulados éticos sustentados por el sistema social general. Sirviéndonos de la terminología de E. Fromm, que distingue entre ética humanista y ética autoritaria, podemos afirmar que éticamente es democrática y humanista aquella sociedad que privilegia los métodos de autocontrol interno de cada uno de sus miembros, y autoritaria y fascista la que, por el contrario, enfatiza la importancia de las normas disciplinarias externas. Dentro de los máximos exponentes de la ética autoritaria se encuentran, en Occidente, Calvino, Hobbes y, en menor grado, Freud.

Visto esto, podemos preguntarnos: ¿No es el mito del hombre-lobo un fiel exponente, a nivel primario y simplista, de las tres teorías autoritarias que acabamos de apuntar? ¿No expresa el mito del licántropo el determinismo purita-

no religioso, según el cual todos somos pecadores, la mentalidad fascista de Hobbes, de que el hombre es un lobo para los demás, y la concepción pequeño-burguesa de Freud, que a pesar de ser consciente del carácter represor y autoritario de la cultura no dirige contra ella su crítica ni postula posibles cambios ideológicos? Acaso, ¿no es el hombre-lobo un símbolo perfecto del individuo dominado por sus tendencias agresivas y en busca de sus satisfacciones más primarias y capaz, por consiguiente, de destruir la cultura que tantos esfuerzos ha costado —según estas teorías totalitarias—, que jamás se han cuestionado sobre la esencia del autoritarismo? ¿No es el licántropo rey de castigo en todos los casos, a pesar de sus arrepentimientos y sufrimientos? Y por último, ¿no somos todos, según estas teorías, verdaderos licántropos en potencia, que necesitamos de ejemplos catárticos (el mito del hombre-lobo, a todas luces lo es) para no serlo en acto?

Cada vez que he visto la secuencia cinematográfica del hombre-lobo rompiendo sus cadenas y dar libre curso a su agresividad, instintos asesinos y sexualidad desbordada, así como su regresión a un estadio primitivo y salvaje, en el que sólo domina la brutalidad y la barbarie, he recordado las descripciones apocalípticas de ciertos predicadores que, en mi pueblo, nos hablaban y convencían sobre la perversidad de todos los individuos no confesionales religiosamente o de la degeneración de aquellos no integrados en el «statu quo», así como de la necesidad de sobrellevar férreas disciplinas educativas que, aun sin entenderlas, debíamos soportar estoicamente.

Sin embargo, están ya un poco lejos los tiempos de la credulidad ingenua e infantil, y una nueva pregunta se hace necesaria: ¿No serán aquellos individuos que más interés tienen en hacernos creer que todos somos lobos los verdaderos licántropos? La Historia tiene buena memoria, pues afirma que la Ginebra de Calvino y Zuinglio, los máximos defensores de la maldad innata del hombre, fue el verdadero paraíso de la inquisición, de la represión religiosa y política sin cuartel y una ciudad dominada por el miedo y el pánico general de todos sus habitantes.

Una de las organizaciones terroristas secretas formada por veteranos nacionalistas alemanes después de la primera guerra mundial recibió el nombre de Los Hombres-Lobo. Fue fundada por Fritz Klappe, en 1923, según el modelo de la mafia siciliana. Goebbels y Bormann fueron sus últimos dirigentes.

■ J. P. C.



Elizabeth de Bathory: un ritual sádico similar al desarrollado por Gilles de Rais.

U NO de los linajes húngaros de abolengo más rancio fue el de Bathory, en cuyo seno nacieron varios príncipes, un cardenal, un primer ministro húngaro —Gyorgy Thurzo— y un Rey —Esteban de Polonia—. Sin embargo, la fama popular de la familia —en multitud de narraciones y romances— no se debe a esas insignias y hasta egregias figuras, sino a una personalidad bastante más inquietante, la de Elizabeth de Bathory, nacida en los Cárpatos el año 1560, en un momento en el que la familia —quizá por ofrecer un escenario más adecuado a lo que había de sobrevenir— contaba con un ocultista dedicado a rituales diabólicos, una lesbiana y un sátiro.

Los primeros años de la vida de la dama no pudieron ser más normales, culminando con su matrimonio, el 8 de mayo de 1575, con el conde Ferencz Nadasdy, celebrado bajo los mejores auspicios del Rey Matias. La pareja se instaló en el castillo de Csejthe, en la provincia de Nyitra, al Noroeste de Hungría.

## Una primera aventura descocada y una carta reveladora

Apasionado por el combate al infiel, en el que ganó el sobrenombre de «Héroe Negro de Hungría», el conde pasaba en el castillo temporadas cada vez más cortas, aprovechadas por Elizabeth en ocupaciones que pronto dejaron de ser enigmáticas. Visi-

tada por sujetos de muy variada catadura, Elizabeth decidió en una ocasión fugarse con un extranjero de piel oscura, al que abandonó tempranamente para regresar a Csejthe y recibir el benévolo perdón del «Héroe Negro». Este, por aquello de que lo ecuaníme no evita lo previsor, y de que comenzaba a peinar canas instaló a su propia madre en la fortaleza y reemprendió sus campañas fronterizas, dejando a sus espaldas el caldo del odio recíproco e inmediato entre suegra y nuera (obligada ahora a ocupaciones más domésticas y recatadas).

En una de sus cartas a su marido, Elizabeth le comenta la índole de sus nuevas aficiones, encomiando los horizontes que ante ella abrían las enseñanzas de uno de sus sirvientes, Thorko: «Thorko me entretiene con sus amenos conocimientos ocultistas y sus amables prácticas. Una de ellas consiste en coger una gallina negra y golpearla hasta la muerte con un bastón blanco. Luego se guarda la sangre para manchar ligeramente con ella a la persona sobre la que se quiera hacer recaer cualquier mal. Si la persona no está a mano, basta con utilizar cualquiera de sus prendas». En realidad, el tal Thorko, junto con el mayordomo, Ujvary, y el ama de llaves, Dorotea Szentes, habían iniciado a Elizabeth en las prácticas subterráneas del sadismo homosexual, concretado en discretas torturas infligidas a ciertas muchachas de la servidumbre.

La cosa no pasó de ahí hasta 1600, año en que muere Ferencz, y Elizabeth aprovecha para desembarazarse de su suegra y

# LA SANGRIENTA VOLUPTUOSIDAD DE ELIZABETH DE BATHORY

EDUARDO CHAHORRO

de los hijos hasta entonces habidos, tres niños y una niña, sin que se conozca la suerte que les deparara.

## Los años sanguinarios

A la sazón, Elizabeth cuenta cuarenta años, es viuda y comienza a percibir las primeras señales de la decadencia; el temor a

la vejez y a la decrepitud de sus rasgos hace estragos y alimenta una neurosis galopante.

Elizabeth es una histérica que vive recogida en su castillo, relacionada únicamente con su servidumbre personal. Cierta día, la doncella que la peina se distrae y tira demasiado del cabello. Irritada, Elizabeth responde con un arañazo de tal jaez, que la sangre brota de inmediato, derramándose sobre la mano de la castellana.

Por un mecanismo que los psiquiatras no tendrán ningún problema en dilucidar, aquella sangre derramada sobre su mano devolvió a la condesa la perdida sensación de apasionado frescor y suave estremecimiento que comenzaba a echar de menos.

Aquella misma noche, Ujvary y Thorko degollaban a la doncella, preparando con su sangre unas abluciones que habían de prolongarse durante diez años.

30 de diciembre de 1610 penetraron en el castillo de Csejthe, no podían prever una decoración más descuidadamente macabra.

En las enrojecidas losas del patio de entrada reposaba el cadáver absolutamente desangrado de una muchacha, al que seguía en las escaleras el cuerpo moribundo de otra, cubierto de orificios. Las mazmorras se descubrieron repletas de cadáveres perforados con pericia y de las galerías se exhumaron hasta 50 cadáveres, todos femeninos e igualmente mutilados.



The Blood Countess, por St Csok.



«Ceremonia sangrienta», película de Jorge Grau, recientemente exhibida en las pantallas, está basada en la historia de la Bathory. En la foto, Lucía Bosé.

Hasta cierto punto, el ritual sádico de Elizabeth de Bathory es similar al desarrollado por Gilles de Rais. Ataviada con sus mejores galas, Elizabeth presenciaba cuidadosamente la detenida tortura de las muchachas secuestradas al efecto. Estas, maniatadas, eran sometidas a una cruel sangría paralela a la vejación, de que se ocupaban Ujvary y Thorko. Al morir las muchachas, el cuerpo desnudo de Elizabeth se untaba con su sangre, de la que se pretendían efectos rejuvenecedores en una variante vampírica bastante singular.

Al cabo de diez años, una de las prisioneras destinadas a la tortura logró escapar e informar a las autoridades. El Rey Matias ordenó el comienzo de las investigaciones, de las que encargó a Gyorgy Thurzo, primo de la condesa y gobernador del territorio.

Las tropas de Thurzo, que el

## Del baño ritual al emparedamiento

El proceso tuvo lugar durante los meses de enero y febrero de 1611, en Bítchse, pero Elizabeth, bajo arresto domiciliario en el mismo escenario de su humoral enajenación, jamás se personó ante sus jueces.

Según las actas del proceso, que se conservan, Ujvary, el mayordomo y hombre de confianza de Elizabeth, atestiguó el asesinato de 37 jóvenes solteras, atraídas al castillo bajo la promesa de un trabajo tranquilo y bien remunerado. Según su testimonio, las muchachas eran encadenadas, y luego, acuchilladas y recortadas con tijeras. Dorotea Szentes fue acusada de brujería, junto con Ilona Joo (la nodriza de Elizabeth) y un guardabosques llamado Darvula. Según sus testimonios, 40 muchachas más fueron sometidas a tortura directamente por las damas, con intervenciones circunstanciales de Elizabeth.

Con excepción de las tres mujeres, los implicados en los sucesos fueron decapitados y quemados en público. Dorotea e Ilona fueron sometidas a tortura y al desmembramiento de las manos antes de ser quemadas vivas.

Sobre Elizabeth no recayó acusación alguna. La sentencia de muerte pedida por el Rey (el mismo que auspició su matrimonio) fue retrasada indefinidamente por Gyorgy Thurzo, que consiguió sustituirla por la reclusión en Csejthe a perpetuidad. El castillo fue cegado puerta a puerta y ventana a ventana, hasta reducirlo a una cámara oscura con un único orificio por el que llegaban la luz y la comida hasta la condesa, que, carente del humor que la rejuvenecía, entregó su alma en 1614. La historia de su belleza y de sus esfuerzos por conservar la perdurarian hasta alcanzar las pantallas cinematográficas. ■